



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LOS EJÉRCITOS EXPEDICIONARIOS Y COLONIALES DE ESPAÑA EN EL SIGLO XIX

Luis Eugenio Togores Sánchez

INTRODUCCIÓN

España tenía en sus posesiones coloniales de América y Filipinas, a finales del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX, un ejército regular que estaba en torno a los 40.000 hombres, entre oficiales y soldados. A estas fuerzas se sumaban milicias urbanas y locales, compuestas por vecinos del lugar, mandados y encuadrados por oficiales retirados, ex soldados, nobles y algunas personas principales, siendo estas fuerzas movilizadas, únicamente en momentos de extrema necesidad, para la defensa de las poblaciones y para el mantenimiento del orden en las colonias.

El Ejército Regular de España en América sufrió en la década de 1820 más del ochenta por ciento de bajas entre sus efectivos, regresando a España, una vez terminadas las guerras de la emancipación, menos de un diez por ciento de los soldados peninsulares que habían servido en sus filas durante su últi-

ma etapa de vida. En estos pocos soldados residía la experiencia y el conocimiento del Ejército Español sobre la forma de hacer la guerra en América.

A mediados del siglo XIX a España sólo le quedaban algunas pocas posesiones coloniales en ultramar, Cuba y Puerto Rico en el Caribe, y fugazmente Santo Domingo, así como su colonia de Filipinas y diversas islas casi olvidadas en los archipiélagos del Pacífico de Carolinas, Marianas y Palaos. Para la defensa de estas posesiones España contaba con unas fuerzas terrestres muy escasas. La Primera Guerra Carlista, al igual que antes había ocurrido con la Guerra de Independencia y con la sublevación de Riego, impidió que España dispusiese de los hombres y los medios económicos para defender con eficacia su imperio colonial.

En aquellos años resultaba un contrasentido que España entregase en manos de los militares el Gobierno de la nación, que fuesen las máximas autoridades en sus colonias militares¹ y que estos

¹ Los capitanes generales de Cuba y Filipinas gobernaban las colonias acumulando en sus manos todos los poderes, siendo fundamentalmente militares sus colaboradores más allegados en el gobierno de la colonia y, sin embargo, descuidaban de forma permanente la situación de las fuerzas militares bajo su mando encargadas de mantener la soberanía de España en sus colonias.

mismos gobernantes de origen militar descuidasen de forma permanente la situación de sus fuerzas armadas en ultramar. El Ejército en la Península estaba siempre sometido a una continua falta de recursos económicos, a la improvisación y a la falta de efectivos, el ejército colonial se convertía en una sombra aún más desdibujada del que existía en la metrópoli.

Las guerras civiles, pronunciamientos y sucesos políticos de todo tipo que convulsionaron la Península a lo largo de todo el siglo XIX hicieron que los diferentes gobiernos madrileños, ya fuese con la monarquía de Isabel II, Amadeo I o Alfonso XII, durante la regencia de Serrano o con la primera República, situasen en un segundo término todas las cuestiones relacionadas con la defensa de las posesiones españolas de ultramar hasta que éstas no se encontraba seriamente amenazadas.

Las colonias españolas durante el siglo XIX eran fundamentalmente de tres tipos, si pensamos en ellas desde un punto de vista básicamente militar². En primer lugar estaba Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, colonias en las que su población estaba compuesta por gente llegada de fuera, fundamentalmente españoles peninsulares y esclavos negros, que al mezclarse habían dado lugar a una sociedad mestiza, con características propias, pero española en su esencia. Por eso, cuando nos refiramos a la guerra de Santo Domingo y a las tres guerras de Cuba, las calificaremos de guerras civiles en escenarios tropicales,

ya que en ellas nos encontraremos en ambos bandos enfrentados españoles de una y otra parte del Atlántico.

La indudable importancia económica que para España, y para algunos grupos socio-económicos peninsulares, tenía Cuba no impidió que en materia de defensa estuviese sometida la Perla de las Antillas a igual olvido que las lejanas y casi desconocidas para los españoles Filipinas. El Ejército Español en Cuba no tuvo nunca en tiempo de paz más de diez o quince mil hombres, careciendo de depósitos de municiones, artillería de costa, de unidades de caballería y, lo que es más grave, de entrenamiento y de una doctrina militar acorde al tipo de guerra a la que se tendría que enfrentar España en una guerra que se desarrollase sobre el suelo de sus colonias, en el Caribe o en territorios próximos. Estas carencias se agravaban al no tener España en toda su historia unos batallones peninsulares entrenados y dispuestos para salir rumbo a las Antillas, o hacia cualquiera de sus colonias, a la menor amenaza de peligro.

Los generales españoles y sus estados mayores nunca pensaron que la guerra en las selvas, maniguas y sierras de ultramar tenía unas características propias que nada tenía que ver con las guerras que se estaban produciendo en Europa y con la Guerra Civil Norteamericana, que eran las que estudiaban y analizaban los estados mayores del mundo occidental; un error especialmente grave para una nación que había inventado la guerra de guerrillas durante su Guerra de

² Caso a parte son las plazas de Ceuta y Melilla y los conflictos y guerras que generan a lo largo del siglo XIX, que son tratadas en otra parte de este libro. A pesar de ser campañas coloniales en algunos casos muy semejantes a las que aquí tratamos en otras cosas diferentes sustancialmente dada su proximidad a la metrópoli y al producirse los combates, en buena medida, sobre territorios no españoles pertenecientes al Sultán de Marruecos en lugar de en colonias propiedad de España.

Independencia y que no era capaz de comprender que éste era el modelo de guerra en el que iba a tener que combatir en sus posesiones de ultramar. La única guerra que les pudo servir de referencia, la guerra que luchó el ejército norteamericano contra los seminolas en Florida, entre 1836 y 1858, les pasó desapercibida. Los militares españoles no elaboraron una doctrina de su experiencia en América continental y en Filipinas.

Martínez Campos, durante su mando como Capitán General de Cuba, se preocupó de mejorar las defensas de la Isla, reforzando con treinta cañones de 80 mm y dos de costa de 150 mm sus costas y almacenando proyectiles en una cantidad próxima a los 7.000. Pero estas medidas eran iniciativas puntuales fuera de una estrategia general de defensa de las colonias por parte de España³.

Como prueba final de este permanente olvido, se puede señalar que en 1893, en vísperas de la nueva insurrección de 1895, la guarnición de Cuba había quedado reducida una vez más a 13.842 soldados, 4.530 guardias civiles, 176 policías y 943 voluntarios con sueldo, desperdigados en pequeñas guarniciones por toda la Isla. Cuba volvía a estar casi indefensa.

España, teóricamente, estaba más preparada para realizar una guerra de tipo convencional, al estilo europeo, que una guerra irregular de guerrillas como la que tendría que sostener en Cuba. Su modelo de ejército era el impuesto por Prusia.

El segundo tipo de colonia era Filipinas y en cierta forma la Guinea. En ellas la presencia española era

muy pequeña: algunos, muy pocos, funcionarios, curas y militares. La mayoría de la población estaba compuesta por indígenas. De hecho, en Filipinas fueron muy pocos, a diferencia de la América Española, los nativos que hablaban español y estaban fuertemente españolizados.

En Filipinas tenía España un ejército que fluctuaba entre los 10.000 y 12.000 hombres. De éstos, sólo los jefes y oficiales y entre 1.000 y 1.600 soldados eran peninsulares, éstos principalmente del arma de artillería. El resto de la guarnición del archipiélago lo componían soldados indígenas, generalmente de la etnia tagala. Como los franceses en Indochina o Argelia, o los británicos en la India, las tropas nativas rebasaban a los soldados peninsulares en la proporción de cinco o seis a uno. Había dos soldados, español e indígenas sumados, por aproximadamente cada mil civiles, hecho que demuestra la precaria situación en que se podía ver el Capitán General de Manila ante una rebelión nativa de ciertas dimensiones. La proporción de la población española en Filipinas respecto a la indígena era de un blanco por cada 10.000 nativos⁴.

En 1842 el Ejército en Filipinas tenía los siguientes efectivos: nueve regimientos de infantería con 874 plazas y una reserva de 576; unos 300 caballos; dos brigadas de Artillería, una europea de cuatro baterías, y otra indígena con siete, de las cuales una era a caballo. Además, había una compañía de obreros de artillería y otra de fortificaciones. En total, unos 12.000 hombres del ejército en activo y 5.200 en la reserva.

³ Puerto Rico, por su parte, se quedó sin artillería de costa al no poderse desembarcar los cañones de gran tonelaje destinados a su defensa por causa de las diferencias surgidas entre ingenieros civiles y militares.

⁴ La colonia de Filipinas se componía de un islario de más de 7.000 islas. En 1890 su población se componía: De 14.000 peninsulares; 8.000 españoles insulares; 75.000 mestizos de español; 5.869.000 indios cristianos; 2.000 extranjeros de raza blanca; 125.000 chinos puros; 500.000 mestizos de chino; 600.000 moros; 800.000 salvajes. En total 8.000.0000.

En 1879 el Ejército de Filipinas estaba compuesto por:

<i>Armas e Inst.</i> EJÉRCITO	<i>Jefes y oficiales</i>		<i>Clases y soldados</i>	
	<i>Peninsulares</i>	<i>Filipinos</i>	<i>Peninsulares</i>	<i>Filipinos</i>
Ingenieros	20	-	14	206
Artillería	72	-	1.302	167
Infantería	298	29	420	5.733
Guardia Civil	106	1	142	2.286
Carabineros	61	1	62	274
Caballería	10	-	20	965
Total	576	31	1.960	9.631

En la *Memoria que al Senado dirige el general Blanco acerca de los últimos sucesos ocurridos en la isla de Luzón*, daba el ex capitán general de Filipinas los siguientes datos de la situación de las fuerzas de tierra en el archipiélago al estallar la insurrección en agosto de 1896:

Artillería.—En Manila, cuatro compañías de Artillería de plaza. En Cavite y *Joló*, una compañía de plaza. En *Mindanao* tres compañías de plaza y dos baterías de montaña. Infantería.—Un regimiento en Manila cubriendo el destacamento de la plaza de Cavite y los del Norte de Luzón. Otro regimiento guarneciendo á *Joló*, la Paragua, Balabac y Carolinas. Otro regimiento cubriendo las guarniciones del sur de *Mindanao* y *Basilán*. Cuatro regimientos ocupando el territorio de *Lanao*, guarneciendo la línea de *Iligán*, *Momungan*, *Sugut*, *Marahui*, terminando la vía férrea, custodiándola y atendiendo á las eventualidades de la campaña.

Caballería.— Un escuadrón de Lanceros con la P.M. en Manila. Otro escuadrón en *Mindanao*.

Ingenieros.— Tres compañías en el Norte de *Mindanao*. Dos compañías en el Sur. Una compañía en Manila⁵.

Como vemos, la situación no había mejorado nada a lo largo de todo el siglo XIX, no siendo mucho mejor que la que tenía el Ejército Español en Cuba.

El tercer tipo de colonia estaba formado por las islas diseminadas por el océano Pacífico, que por lo general carecían de guarnición, y, salvo la presencia ocasional de algún buque de guerra o mercantes y del algún misionero, se encontraban en casi total abandono y olvido por parte de las autoridades de Manila a las que correspondía su administración y custodia. Sólo como consecuencia de los problemas con Alemania en 1885 y de alguna revuelta nativa, las autoridades españolas recordaron su existencia y enviaron algunas tropas para mantener la soberanía española.

España a lo largo de todo el siglo XIX nunca se planteó en serio la creación de un ejército colonial compuesto por oficiales y un núcleo de tropas euro-

⁵ BLANCO, General, *Memoria que al senado dirige el general Blanco acerca de los últimos sucesos ocurridos en la isla de Luzón*, Establecimiento tipográfico de El Liberal, Madrid, 1897, pp. 81.

peas profesionales a las que se tenía que sumar un importante contingente de tropas nativas de sus diferentes colonias, como tenía Francia y Gran Bretaña. Algunos militares escribieron artículos y memorias sobre el tema. Manuel Scheidnagel publicó en 1893 su libro *Ejército Colonial, proyecto para su aplicación en nuestras posesiones de Oceanía*, aunque sin éxito. Habría que esperar a la guerra de Marruecos para que el Ejército Español comprendiese las ventajas de tener un ejército de tropas nativas y soldados profesionales para luchar en ultramar y se autorizase el nacimiento de los Regulares y el Tercio de Extranjeros⁶.

En muchos lugares está escrito que el siglo XIX español fue un siglo en el que los españoles perdieron el vigor y la fuerza que habían tenido en los tiempos de Flandes. Pero si estudiamos las guerras que lucharon los ejércitos españoles dentro de la Península, las expediciones militares que realizaron fuera de sus fronteras —Roma, Méjico, Cochinchina, la guerra del Pacífico— y los ejércitos enormes que combatieron en las numerosas guerras que España sostuvo en ultramar, más bien nos hace pensar que España tuvo el vigor de siempre, o mejor más vigor que nunca, si los medimos por la sangre derramada en batallas y guerras, pero sus enemigos fueron superiores a los de antaño, su organización militar no estuvo a la altura de los retos que le pedía el siglo XIX y las guerras civiles —las peores de todas— la desgastaron, viéndose obligada a combatir en más campañas coloniales y guerras de las que podía soportar. No le faltó vigor, ni soldados para luchar, le sobraron enemigos y batallas en las que combatir y, como siempre, no tuvo el dinero que la guerra siempre exige a manos llenas.

Una vez terminadas las guerras de emancipación del continente americano, España contaba en sus colonias, fundamentalmente, con cuatro tipos de fuerzas militares:

A.— Ejércitos de reemplazo peninsulares, a veces incrementados por voluntarios peninsulares alistados al ejército regular, llevados a ultramar para prestar sus servicios en las colonias.

La impopular conscripción alcanzaba sus extremos máximos cuando se reclutaban soldados para ir a servir a ultramar. El recluta que era enviado al otro lado del mar podía estar casi convencido de no regresar nunca a su casa o, en el mejor de los casos, hacerlo con la salud tan quebrada que sería muy difícil que pudiese continuar su vida con normalidad. Esta realidad hace comprensible que familias enteras se hipotecasen para librar a sus hijos del servicio en ultramar mediante la redención en metálico. La solución era pagar o la insubordinación, como la protagonizada por el ejército destinado a combatir a América en Cabezas de San Juan en 1820.

A pesar de todo esto las autoridades españolas de los ministerios de la Guerra, a lo largo de todo el siglo XIX, llevaron al otro lado del Atlántico el ejército más grande que nunca había cruzado un océano. El ministro Azcárraga llevó a Cuba durante la guerra de 1895 enormes cantidades de soldados, llegando a tener en algún momento hasta 200.000 soldados en la Isla. No resulta exagerado decir que España llevó a combatir fuera de sus fronteras, y muy especialmente a sus posesiones de ultramar, un ejército de conscriptos que pudo estar muy próximo al millón de hombres, si es que no superó esta cifra.

España no pudo o no supo, a lo largo del siglo XIX, cómo reclutar hombres en sus colonias para su

⁶ TOGORES, L. E., *Millán Astray legionario*, Esfera de los Libros, Madrid, 2003.

ejército regular —con la salvedad de Filipinas—, ni tampoco vio la utilidad de llevar soldados nativos a combatir en colonias que no fuesen las suyas de origen, como hacían otras naciones europeas de su entorno. Nunca contempló la posibilidad de llevar tagalos a luchar a Cuba.

B.— Tropas nativas mercenarias alistadas en unidades regulares del Ejército mandadas por jefes, oficiales y clases peninsulares. Estas tropas estaban fundamentalmente, como ya hemos dicho, en Filipinas y solían estar compuestas por tagalos en su mayor parte.

En este tipo de unidades indígenas podemos incluir algunas unidades de pardos y morenos reclutadas por los españoles durante las guerras de Santo Domingo y Cuba. Entre estas unidades destacan los Cazadores de Valmaseda organizados por Weyler durante la guerra de los Diez Años.

C.— Milicias locales urbanas. El Ejército español siempre había tenido milicias. Eran herederas directas de las viejas milicias existentes en la América Continental Española. Durante el siglo XVIII existían los llamados batallones provinciales, formados por civiles que se encargaban de defender las costas contra los piratas berberiscos, mantener el orden y defender las fronteras. Eran voluntarios y sólo cobraban cuando prestaban servicio. En las colonias la recluta de voluntarios eran una práctica normal. En 1762, cuando una flota inglesa sitió La Habana, el Capitán General llamó a las armas a todos los varones entre catorce y sesenta años. Desde esta fecha siempre existieron unidades de milicias voluntarias cuando no se contaban con suficientes efectivos del ejército regular. En 1808 se fundaron los Urbanos Voluntarios y en 1851 la Milicia Voluntaria de Nobles Vecinos. Su característica principal es que prestaban servicios de armas al servicio de la nación y con un carácter en buena medida apolítico.

Los voluntarios que en Filipinas, alistados en unidades del tipo milicias, lucharon durante la revuelta tagala de 1896/1897 y en la guerra del 98 y la guerrilla del Casino Español, de San Miguel y de San Rafael, eran de este tipo.

D.— Los Voluntarios de la Isla de Cuba. Antes del «Grito de Yara» existían aproximadamente unos 11.000 voluntarios en las milicias de Cuba. Su importancia militar era escasa, pues eran unidades integradas por civiles con escaso entrenamiento, organización y armamento, siendo hasta ese momento su actividad más importante lucir sus uniformes en desfiles y fiestas locales. Su base social era muy diversa. En esta milicia estaban enrolados los dependientes de comercios, obreros tabacaleros y empleados urbanos de diversa índole.

Esto cambió al inicio del ciclo bélico de la guerra de los Diez Años, pues España se vio obligada a incrementar sus fuerzas en Cuba, recurriendo al reclutamiento de unidades irregulares de voluntarios entre los habitantes de la Isla financiadas por particulares partidarios de la españolidad de Cuba. Unidades a las que pronto, dada la naturaleza de los combates, se incorporaron mercenarios contratados entre aventureros, desertores y ex soldados, surgiendo así unidades muy heterogéneas, fuertemente politizadas y de cierta calidad militar. Surgían así una especie de milicias políticas al servicio de los Capitanes Generales de Cuba y de los ricos hacendados españolistas agrupados en el Casino Español de La Habana.

El color político de los Voluntarios en Cuba fue siempre marcadamente españolista e incluso en un principio absolutista. En la Península los voluntarios eran pagados por fondos públicos, en Cuba los Voluntarios del Comercio eran financiados desde 1868 por los comerciantes de La Habana y por los grandes hacendados del occidente de la Isla.

El capitán general Lesurdi les permitió, al inicio de la guerra de los Diez Años, que actuasen con mucha libertad, lo que hizo posible que se convirtiese en un poder paralelo en la colonia y en ocasiones incluso en los árbitros de la situación. Su cuartel general estaba en el Casino Español de La Habana. Eran, en buena medida, un ejército privado. Su consolidación se produjo en 1869 durante la reunión en el teatro Tacón, siendo algunos de sus coroneles más destacados figuras tan representativas de los intereses españoles en la Isla como Julián Zulueta y otros importantes hombres de negocios con intereses en Cuba.

Nada más iniciarse la revuelta en Cuba, que cogió en buena parte desprevenida a las autoridades españolas, los Voluntarios se lanzaron decididamente a la contienda. Su decidida actuación en las ciudades y pueblos más grandes permitió al Ejército liberar rápidamente tropas regulares que fueron enviadas al campo a perseguir a las partidas mambís convirtiéndose los Voluntarios en una pieza clave para comprender la realidad de la Isla entre 1868 y 1898.

LAS GUERRAS DE ESPAÑA EN SUS POSESIONES DE ULTRAMAR DURANTE EL SIGLO XIX

Para mantener su imperio España participó en numerosas guerras a lo largo del siglo XIX⁷. En Cuba en la Guerra de los Diez Años, la Guerra Chiquita, la Guerra de 1895 y en la Guerra Hispano-norteamericana de 1898, guerra que también afectó a Puerto Rico. Entre 1861 y 1863 tuvo un cuerpo expedicio-

nario en Méjico bajo el mando de Prim. En Santo Domingo los soldados españoles lucharon a largo de cuatro años en una guerra durísima entre 1861 y 1865. En Filipinas España sostuvo a lo largo de todo el siglo una campaña militar constante por mar y tierra contra los piratas moros que asolaban el archipiélago para lograr consolidar el dominio español en Mindanao. Las autoridades de Manila también enviaron a sus soldados a combatir contra los igorotes y contra los *tulisanes*. La guarnición de Filipinas tuvo también que luchar en Carolinas para vencer varias insurrecciones de nativos kanacos. De Filipinas saldrían también las tropas que, entre 1857 y 1863, lucharían junto a los franceses en el actual Vietnam para que Napoleón III pudiese fundar la colonia de la Indochina Francesa.

A las guerras de los Diez Años en Cuba y las Guerras de Cuba y Filipinas entre 1895 y 1898 y la Guerra Hispano Norteamericana dedicamos los próximos capítulos, pero resulta necesario hacer alguna mención a los otros escenarios bélicos ultramarinos en los que participó el Ejército Español durante estos años.

LA GUERRA DE SANTO DOMINGO

En 1821 la colonia dominicana se independizaba de España, aprovechando la situación sus vecinos haitianos para invadirla y dominarla a lo largo de más de dos décadas. En 1844 nació la República Independiente de Santo Domingo, una vez vencidos los haitianos en una guerra en la que el rico hacendado José Santana logró la victoria al unir sus peones

⁷ La guerra del Pacífico, por ser una guerra naval queda fuera de nuestro ámbito de estudio. Para más información ver RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R. *La Armada Española. La campaña del Pacífico, 1862-1871. España frente a Chile y Perú*, Aguilar, Madrid, 1999.

montados a la causa dominicana. La independencia no puso fin a los conflictos con la república negra de Haití, que siguió realizando devastadoras incursiones en la zona dominicana, mucho más próspera, para saquear sus campos sin que los dominicanos pudieran evitarlo. Los haitianos sembraron en la isla una forma salvaje y cruel de hacer la guerra que luego perduraría en el tiempo y que formaría parte de la estrategia de los mambís.

La amenaza constante de una invasión haitiana llevó al presidente dominicano Santana a ofrecer la anexión de su país a Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y a la propia España, que se negaron a aceptar la oferta. El 18 de marzo de 1861 Santo Domingo proclamaba unilateralmente su regreso a España, ante la negativa de los gobiernos de Madrid de aceptar su oferta. El general Serrano, capitán general de Cuba, una vez conocida la noticia, ordenó el desembarco de tropas españolas de Cuba en Santo Domingo a donde llegaron el 7 de abril de 1861. Los soldados españoles desembarcaron en la isla antes de que la noticia de la reincorporación fuese conocida por buena parte de los dominicanos. Un Real Decreto de 19 de mayo de 1861 proclamó la reincorporación de Santo Domingo a la Corona Española.

Desde muy pronto Washington empezó a alentar los deseos independentistas entre ciertos sectores de la sociedad dominicana descontentos, a pesar de que en el año 1862, el único de administración española normal, Santo Domingo, costó al erario español la cantidad de nueve millones de reales.

El 16 de agosto de 1863 se inició la sublevación contra España en Capotillo. En esta guerra los dominicanos pusieron en práctica el tipo de guerra que habían aprendido de los haitianos; el asesinato, la tierra quemada, el saqueo y el terror. La isla ardió por los cuatro costados, convirtiéndose en un infierno de emboscadas y ataques por sorpresa en los que no

había cuartel. Los españoles se vieron sumergidos en una guerra en la que lucharon no para ganar sino para no perder. Los soldados peninsulares eran diezmos por la fiebre amarilla, el clima y los mosquitos. Los combates eran muy sangrientos, siendo los prisioneros españoles decapitados a machete, mientras los dominicanos españolistas fusilaban y ahorcaban a sus contrarios. Ambos bandos mataban el ganado, quemaban las casas, los campos y envenenaban los pozos. Las tropas españolas sólo controlaban las ciudades y las costas, gracias a la Escuadra, siendo el interior dominado por los rebeldes mambís.

El 29 de febrero de 1864 España tenía en Santo Domingo 22.553 soldados, de los cuales 3.413 estaban heridos o enfermos, mientras que otros 9.431 habían sido evacuados a Cuba y 7.005 a Puerto Rico. En los quince primeros meses de guerra murieron 6.000 hombres por enfermedad. El 15 de enero de 1865 los enfermos se elevaban ya a 6.270. Esta guerra consumió 30.000 soldados españoles y 392 millones de reales, hombres y dinero que fueron desperdiciados sin sentido.

La guerra de Santo Domingo tuvo una nefasta influencia en la pacífica Cuba. Entre 1860 y 1865 se vivió en Cuba una atmósfera de guerra en tiempos de paz.

A la Isla empezaron a llegar miles y miles de heridos y enfermos de Méjico y Santo Domingo. En los hospitales militares de La Habana, Santiago de Cuba, Gibara, Holguín, Puerto Príncipe, Cárdenas y Matanzas murieron 8.147 soldados, y los libros parroquiales de la catedral de San Juan de Puerto Rico recogen el fallecimiento de 2.825 soldados combatientes en Santo Domingo. España tuvo en total 10.972 muertos por la campaña de Santo Domingo, a los que hay que sumar los que fueron a morir a España o fallecieron en tierra dominicana y los supervivientes afectados de fiebre amarilla, palu-

dismo o cólera, enfermos ya para siempre. No es exagerado contabilizar unas 20.000 bajas por causa de la guerra de Santo Domingo entre los soldados españoles.

A estos problemas se unió otro de naturaleza muy distinta, pero no por ello menos importante. Por un lado, estaba el problema generado por la derrota de un ejército español en Santo Domingo por «unas turbas de negros desarrapados» y el ejemplo que esto tendría en Cuba y en Puerto Rico; por otro, el de los jefes y oficiales negros que habían luchado en las filas españolas en la campaña. Al evacuar el ejército de Santo Domingo hubo que tomar la decisión de qué hacer con ellos. El general José de la Gándara planteó el problema que al no ser de raza blanca no podían ser llevados a Cuba y Puerto Rico con el resto del ejército, pues los blancos no los iban a tratar con la debida consideración a pesar de ser generales y jefes del ejército. Además, el ejemplo de un general negro era muy peligroso en Cuba. Fueron llevados a Curaçao y Saint Thomas. Se repetía así el caso de los generales negros haitianos que lucharon a principios de siglo en favor de España y al final de la guerra no se les permitió desembarcar en La Habana⁸. Entre las unidades de pardos y morenos que lucharon a favor de España en Santo Domingo estaba un mulato, el comandante Máximo Gómez, que tuvo que dejar su patria rumbo a Cuba siguiendo al ejército español en el que había servido y que tan mal había de tratarle. Con el paso del tiempo se convirtió en uno de los caudillos del ejército independentista cubano.

En 1865, a los cuatro años exactos de su regreso al seno de España, las Cortes Españolas anularon el Real Decreto por el que se había proclamado la anexión de Santo Domingo a España.

LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA A CONCHINCHINA

En el verano de 1857 la diplomacia francesa solicitaba el apoyo militar de España, desde su base de las Filipinas, para lograr que el emperador de Annam, Tu-duc, respetase la vida de los religiosos franceses y españoles que había en su reino y concediese la libertad religiosa a sus súbditos.

El 1 de septiembre de 1858 fuerzas combinadas franco-españolas desembarcaban en la bahía de Tourane —actualmente Da Nag— donde iniciaban trabajos de fortificación, siendo el objetivo de la expedición realizar un rápido ataque sobre la capital de Annam, Hué, y forzar a Tu-duc a conceder las peticiones de los gobiernos de España y Francia relativas a la libertad religiosa.

El 2 de febrero de 1859 la mitad de las fuerzas franco-españolas abandonaban Tourane rumbo a Saigón con motivo de una decisión unilateral del mando francés de la expedición. El día 10 de febrero la infantería española y francesa y los marinos galos asaltaban y tomaban los fuertes que defendían el río Saigón, entrando los días 16 y 17 en la ciudad sin sufrir excesivas pérdidas. Durante estos combates las tres compañías de infantería de marina francesa, mandadas por el teniente coronel Reyband, junto a una compañía de infantería española mandada por Palanca rivalizaron en valor y arrojo en el asalto de los siete fuertes y sus estacadas que vigilaban el acceso a Saigón por el río. Durante el asalto de la ciudad de Saigón, de su Ciudadela, los franceses estuvieron a punto de ser derrotados cuando una columna de unos 1.000 anamitas le atacó por su flanco derecho cogiéndoles desprevenidos, siendo salva-

⁸ MORENO FRAGINAL, M., *Cuba/España España/Cuba*, Mondadori, Barcelona, 1998, pp. 268-269.

dos *in extremis* por un ataque a la bayoneta de los soldados españoles mandados por el coronel Ruiz de Lazarote, que con su decidida actuación, salvó a los franceses e inclinó la batalla en favor de las fuerzas franco-españolas. Con este combate empezaba una historia de heroísmo sin límite del Ejército Español que es casi desconocida. Con la toma de Saigón los franceses iniciaban la adquisición de una colonia, proyecto del que no habían informado a las autoridades españolas, y donde España no habría de sacar ningún beneficio. Tourane fue abandonada tras diecinueve meses de ocupación, en marzo de 1860, siendo llevada la guarnición francesa a Saigón y sin dar ningún tipo de explicaciones a las autoridades españolas de esta decisión pretextando que el mando de las operaciones militares era exclusivamente francés.

Las fuerzas españolas que intervinieron en esta campaña fueron inicialmente 500 soldados tagalos de infantería, mandados por jefes y oficiales peninsulares⁹, aunque fueron varias veces reforzados desde Manila, llegando a tener unos efectivos como máximo de 1.500 hombres. El primer jefe del cuerpo expedicionario español fue el coronel Ruiz de Lantarote que sería sustituido a principios de enero de 1860 por el coronel Palanca.

El contingente español pasó por muchas y muy duras vicisitudes, llegando a tener sólo 223 hombres y cuatro oficiales durante varios años, careciendo esta tropa de todo tipo de medios materiales. En los

importantes combates que para la conquista, defensa y extensión del territorio se produjeron entre 1859 y 1861, la pequeña fuerza expedicionaria española estuvo muy por encima de sus posibilidades, llevando siempre el peso de los ataques, llegando en algunas ocasiones a tener hasta un 80% de bajas por causa de los combates y la enfermedad.

El héroe de la expedición fue el coronel Palanca, aunque es necesario citar a los 200 soldados españoles que a lo largo de más de tres años permanecieron luchando en la Baja Cochinchina, dando una permanente muestra de valor y resistencia. No hubo operaciones, por pequeñas que fueran, en las que no tomaran parte, llevando siempre la vanguardia, protagonizando los asaltos más duros, despertando la admiración de anamitas y franceses. Estos soldados fueron posiblemente los más heroicos de la historia militar de España del siglo XIX. Desgraciadamente, nadie se acuerda de ellos y nadie conoce sus nombres ni sus hechos de armas.

El 6 de febrero de 1863 Palanca veía cómo se reforzaba su unidad con 515 soldados mandados por el comandante de estado mayor Luis Toig de Lluis, llegando el día 15 de febrero 6 oficiales y 84 soldados más para unirse a sus fuerzas, en unos momentos en que ya España no podía sacar beneficio del esfuerzo realizado durante tantos años por sus soldados. El 1 de abril de 1863 las tropas españolas abandonaban para siempre Vietnam, llegando a Manila el día 7¹⁰.

⁹ El cuerpo expedicionario español se componía de: Jefe el coronel de infantería D. Mariano Oscáriz; 2º jefe, teniente coronel de infantería D. Luis Escario; Jefe de E.M. el comandante del cuerpo D. Joaquín Dusmet. Tropa, una compañía de cazadores del regimiento del Rey nº 1, una compañía de cazadores del regimiento de la Reina nº 2, una compañía de línea del regimiento Fernando VII nº 3, media compañía de artillería con su parque, servicios proporcionados de intendencia y sanidad. En total 500 hombres.

¹⁰ Sobre la expedición español a Conchinchina ver TOGORES, L., *Extremo Oriente en la Política Exterior de España (1830-1885)*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1997.

LA EXPEDICIÓN DE PRIMA MÉJICO

El 31 de octubre de 1861 los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y España firmaban un acuerdo en Londres por el que acordaban enviar una fuerza militar combinada a Méjico, con la finalidad de ocupar diferentes fortalezas y posiciones del su litoral con la finalidad de proteger a los súbditos e intereses de sus respectivas naciones¹¹.

Como jefe de las tropas españolas en Méjico fue nombrado el general Prim. Las fuerzas que iba a mandar fueron preparadas por el capitán general de Cuba, el general Serrano: tres regimientos de infantería, dos batallones de cazadores, dos escuadrones de jinetes, dos baterías de artillería y dos compañías de ingenieros, que a juicio de Esteban Infantes estaban mal equipadas y pertrechadas, y escasamente preparadas para la misión que se les había encomendado.

El 17 de diciembre las fuerzas combinadas ocupaban Veracruz y el castillo de San Juan de Ulúa. Durante el desembarco las fuerza españolas estaban mandadas por el mariscal de campo Manuel Gasset, ya que Prim llegó a La Habana el 23 diciembre, dos semanas después de la llegada de sus hombres a Méjico.

Desde un principio el clima de Veracruz se cebó en los españoles. Tuvieron que ser evacuados a La Habana 400 soldados enfermos y había otros 700 hospitalizados en Méjico, es decir entre un veinte y un veinticinco por ciento del cuerpo expedicionario. Por este motivo el ejército combinado se trasladó a mediados de febrero de 1862 a Orizaba y Jalapa en donde esperaban que la salud de las tropas mejorase.

Desde muy pronto Francia demostró que sus intereses eran muy distintos de los acordados en Londres. Napoleón quería poner en el trono de Méjico a Maximiliano de Austria y así incluir a Méjico dentro de la órbita política de Francia. Prim, casado con una mejicana, era partidario de defender los intereses de España pero no quería actuar en la política interior mejicana para quitar del gobierno a Juárez. El 6 de marzo Francia reforzó su cuerpo expedicionario con 6.500 hombres más mandados por el general Lorenzes. Las intenciones de Francia quedaban claras.

El 9 de abril las fuerzas británicas y españolas decidieron dejar solos a los franceses en su proyecto de marchar sobre la ciudad de Méjico y poner en el trono a Maximiliano. En Veracruz, ese mismo mes, embarcaron las tropas españolas rumbo a Cuba, a donde llegó Prim el 8 de mayo. Los ingleses ya habían abandonado Méjico con anterioridad.

En junio de 1863 entraron los franceses y sus partidarios en la ciudad de Méjico, desembarcando el 28 de mayo Maximiliano en Méjico. El 19 de junio de 1867 Maximiliano de Austria era fusilado en Querétaro por orden del presidente de la republica mejicana, Benito Juárez¹².

España inició una campaña militar bajo la protección de las dos potencias más importantes de la época. Una guerra en la que había muy poco que ganar y mucho que perder. Una guerra en la que se demostró que el ejército español en Cuba estaba deficientemente entrenado y equipado para una guerra en su zona natural de actuación. Un ejército del que no quedaba nada de la sabiduría que en el pasado tuvo que haber adquirido para luchar en tierras mejicanas,

¹¹ España había sido la más castigada por los mejicanos pero sólo pedía 8'5 millones Francia exigía setenta y cinco millones francos para el suizo Jecker y doce millones de pesos para sus nacionales, y Gran Bretaña sesenta millones de pesos.

¹² Ver SMITH, G., *Maximiliano y Carlota. La tragedia de los Habsburgo en Méjico*, Juventud, Barcelona, 1977.

ya que no en balde España estuvo en aquel país durante más de tres siglos, y que hacía escasamente tres décadas que había abandonado. Nada aprendieron los mandos de Cuba y de Madrid sobre esta campaña, como pocos aprendieron de la guerra paralela librada en Santo Domingo.

LA GUERRA CONTRA LOS MOROS EN EL SUR DE FILIPINAS

España poseía las Filipinas desde el siglo XVI sin ser capaz de terminar exitosamente su colonización. La soberanía española, con la salvedad de Manila y su zona de influencia en la isla de Luzón, en las siete mil islas que componían el archipiélago, se veía limitada a la presencia, casi testimonial, de algunos frailes y un escaso número de militares y funcionarios peninsulares. Según se avanzaba hacia el sur, al país moro, a Mindanao y Joló, la soberanía española se convertía metro a metro en algo más teórico que real¹³.

Ya desde mucho antes del reinado de Fernando VII la lucha contra la piratería mora era el foco de mayor atención de las autoridades de Manila. La población mora que habitaba el sur había resistido de forma continuada todos los intentos por parte de España de implantar su dominio de forma estable y segura. Ni la cruz ni la espada, que juntas tan buenos resultados habían dado en América y en algunas partes de las

Filipinas, resultaban capaces de someter el carácter belicoso y guerrero, profundamente islamizado, de la población malayomahometana de aquella parte del archipiélago. España tenía en aquellas aguas, en aquellas islas, una frontera que no lograba dominar.

El mar e islas de Joló y Mindoro, con sus intrincadas selvas y poco transitadas aguas, convertían las acciones de policía y las campañas militares de España en proporcionalmente mucho más complicadas y costosas que las desarrolladas por los europeos en otros escenarios ultramarinos. Hay que tener en consideración que en la Filipinas los moros no eran el único frente abierto con el que tenían que bregar las escasas fuerzas peninsulares y nativas, de mar y tierra, que guarnecían la colonia. El permanente problema de los *tulisanes* (bandidos), operaciones en el norte de Luzón, en Visayas, en la isla de Negros, luchar con las insurrecciones de chinos y tagalos, ir a los destacamentos de Carolinas y Marianas, cuando no a contener una revuelta en estas lejanas islas, etc., hacían que los soldados con destino en Filipinas desarrollasen una actividad bélica, que por desconocida, no deja de ser en buena medida comparable, en algunas de sus facetas, a la desarrollada por los tercios de españoles en Flandes.

En las últimas décadas del siglo XIX, a partir de 1850 y muy especialmente durante la Restauración, parecía que las autoridades de Manila iban a ser capaces de dominar a los moros mediante la conjunción de acciones políticas y medidas militares. La súbita

¹³ El padre Gainza en su «*Memoria y antecedentes sobre las expediciones de Balanguingi y Joló*», publicada en Manila en 1851, decía en relación a los moros: «*La historia de las depredaciones de los moros en nuestras islas es mucho más antigua que nuestra dominación, su relato es un tejido de los insultos más atroces, sus episodios las escenas más sangrientas; es el libro maestro de la perfidia y mala fé; todas sus páginas están escritas con caracteres de sangre. Ellos han sido el azote más terrible de nuestras playas, la plaga más terrible de nuestros pueblos, el mayor obstáculo a nuestras armas, y la gran dificultad del gobierno en todos tiempos. Han assolado los campos, incendiado los pueblos, profanado los templos, cautivado sus ministros, hecho desaparecer poblaciones y provincias; en una palabra, han sido un dique contra el que se estrellaron nuestros ejércitos y nuestras glorias*».

pérdida de Filipinas en 1898 dejó esta cuestión en suspenso, sin que se llegase a saber si España era o no capaz de zanjar el problema de una vez para siempre.

Mindanao y Joló fueron un estado independiente bajo la soberanía del Sultán de Joló hasta 1851, momento en, que tras una combate naval y el bombardeo de la ciudad de Sugh, el sultán firmó un tratado de sumisión y protectorado a favor de España.

En 1861 ocupaban las tropas españolas Cottabatto y se creaba el gobierno político-militar de Mindanao por Real Decreto de 30 de julio de 1860.

Durante el mando de José Malcampo se organizó una poderosa expedición a Joló, que zarpó de Manila el 5 de febrero de 1876, lográndose la toma de la capital de la isla el día 29, aunque sin que fuese vencida totalmente la insurrección.

Un nuevo capitán general, Domingo Moriones, continuó esta campaña desde febrero de 1877, fundando «sobre la Joló moruna una Joló española», para lograr que los dattos moros firmasen el 22 de julio de 1878 nuevas capitulaciones en favor de la soberanía de España. Decía Moriones en su memoria reservada sobre estas operaciones militares: «Con 7.000 hombres, decía yo a aquellos Ministerios, apoyados por una batería de a 10 centímetros, y dos del sistema Krupp de a ocho, colocados en barcos de poco calado que ya tiene aquí nuestra Marina de Guerra, y dos baterías más Plasencia, en cien días de campaña, se obtendría el resultado deseado, pero sin

embargo debo decir también, que la ocupación después, exigiría una guarnición de 3.000 hombres y aumento de la Marina de Guerra».

En 1882 se produjo la ocupación de Siassi, en el grupo de las islas Tapul, y en 1883 se ocupó Tattan, en las Tawi-Tawi.

En 1886 se repitieron los ataques de los piratas moros que provocaron el inicio de la campaña de brigadier Seriniá, que llevó a la ocupación de la villa de Bacat, capital de Utto. Esta campaña fue continuada por el general Terreros que logró la ocupación de Bohayen en Cottabatto y la de la fortaleza del *datto* Utto. En abril de 1887 se tomó la fortaleza de Maibung. Como consecuencia de todo esto, Terreros propuso que se reconociese la situación real de provincias musulmanas para el sur de Filipinas y se aplicase una política de tolerancia religiosa, pues resultaba imposible vencerlos únicamente por las armas¹⁴. España sólo dominaba Mindanao y Joló mediante el uso de la fuerza.

El 15 de octubre de 1890 un tropel de moros atacó un destacamento español en Manticao, muriendo 20 soldados y quedando presos 24 indígenas. El entonces capitán general Weyler elevó un plan de campaña a los ministros de Ultramar y Guerra¹⁵. La campaña de Mindanao, que dio comienzo a finales de abril de 1891, tuvo como primeras operaciones el avance de las columnas de los tenientes coroneles Marina y Hernández para tomar las rancherías de Lipauan y

¹⁴ Ver en ELIZALDE, M^a D. D.; FRADERA, J. M., ALONSO, I. (eds.), *Imperios y naciones*, CSIC, Madrid, 2001. la comunicación TOGORRES, L. E. «La última frontera: es establecimiento de la soberanía española en el país moro», pp. 675 y ss, vol. I.

¹⁵ La campaña de Lanao tuvo por objetivo la ocupación y pacificación de la gran extensión de terreno que se encuentra entre las bahías de Illana y Iligan, y en cuyo centro se haya la gran laguna de Lanao, cuyas orillas eran el asiento de numerosas rancherías en las que vivían los más importantes grupos de población moro-malayo que se oponía a la soberanía española. Allí estaba la llamada Confederación Illana «que no era en rigor otra cosa, que una organización de completo y acabado feudalismo sin poder central alguno, y sin otros lazos, que los que unían temporalmente y mientras acomodaba a sus intereses, a los numerosos régulos que bajo diversos nombres y títulos ejercían poder absoluto en sus rancherías».

Buldung, procediendo al sometimiento de los jefes locales. Luego, el propio Weyler, con cuatro compañías, entró en Barás, donde construyó un pequeño fuerte, un hospital, almacenes y un cuartel, recuperando así el dominio de la región de Parang-Parang en la que situó su base de operaciones. Las fuerzas españolas vencieron a los moros malanaos en Maledí, el 30 de mayo, causando un 85 muertos y 21 prisioneros. Entre ellos fue capturado Benidel, el sultán más importante de la región. Una epidemia paralizó las operaciones hasta julio, momento en que se continuó su avance para ocupar Malabang, villorrio que dominaba la laguna y la bahía de Illana: sólo el capitán general y 250 hombres, la mayoría indígenas, pudieron combatir al no verse afectados por la gripe. Una ofensiva posterior pacificó la costa norte y permitió comunicar el norte y el sur de Mindanao mediante una trocha, entre Tukurán y Misánis, de 28 kilómetros de longitud. Toda la isla quedaba así dominada, incluida la laguna de Lanao, de la que habían sido expulsados los españoles en 1632 sin que desde entonces volvieran a intentar lograr su control. La campaña duró cuatro meses y produjo unas 200 bajas. El 1 de septiembre 1891 se dio por terminada y Weyler regresó a Manila, para desde allí volver a España, siendo sustituido por el general Despujol¹⁶.

De marzo de 1894 a marzo de 1895, durante el mando del capitán general Ramón Blanco se inició una operación militar de importancia en la zona de Marahuy en la isla de Mindanao que, dados los recursos militares del archipiélago, contó con unos efectivos próximos a los 3.000 hombres en un principio y unos 6.000 al final, para someter a los aproximada-

mente 300.000 moros insumisos que habitaban la zona.

La insurrección tagala y la guerra contra los Estados Unidos impidió saber si todas estas operaciones desarrolladas durante la Restauración contra los piratas moros habrían terminado por lograr la pacificación del sur de la colonia. Lo que sí que no se puede negar que fue una guerra larga y dura en la que oficiales y soldados, junto a los marinos de guerra de nuestra Armada, desarrollaron una actividad militar tan importante y heroica como desconocida.

LAS INSURRECCIONES DE LOS KANACOS EN CAROLINAS

El archipiélago de las Carolinas fue ocupado por España de forma efectiva en 1887, como consecuencia de los intentos de Alemania, en 1885, de apropiarse de estos territorios que pertenecían a la Corona de España.

Desde estas fechas y hasta 1898 la colonización española en Carolinas sufrió diversas vicisitudes. Es de destacar la sublevación nativa de 1887 que, prácticamente, aniquiló a los españoles de Ponapé, la insurrección de junio de 1889 encabezada Kroun Chapalap y Tok Herú de la tribu Metalanin y la revuelta de 1890 que obligó al envío de una fuerza importante desde las Filipinas durante el mandato de Weyler.

El primer gobernador político militar fue el capitán de fragata Isidro Posadillo y Posadillo que tomó posesión de su cargo en el mes de abril de 1887 y

¹⁶ Ver CARDONA, G.; LOSADA, J.C.: *Weyler, nuestro hombre en La Habana*, Planeta, Barcelona, 1997; y DE DIEGO, E.: *Weyler, de la leyenda a la Historia*, Veintiuno, Madrid 1998.

constituyó la colonia de nombre Santiago de la Ascensión. Con él fueron 2 oficiales y 75 hombres, la mitad de los cuales eran disciplinarios, quedando de pontón el barco de guerra «*Doña María de Molina*», con su comandante y dotación de marinería. Durante su mandato se produjo la primera revuelta nativa, en la que fue asesinado el alférez Martínez y los hombres que le acompañaban. Para recuperar el control de la Isla en octubre de 1887 el capitán general Terreros envió una expedición que logró su objetivo sin problemas. A esta revuelta siguió otra en 1889 que también fue dominada con relativa facilidad.

El 25 de junio de 1890 se producía la más importante revuelta kanaca a la que tuvieron que enfrentarse los españoles en sus posesiones del Pacífico. El asesinato del teniente Porras y la mayor parte de su destacamento cuando estaban construyendo el acuartelamiento de Oua fue el detonante. Las autoridades españolas intentaron restablecer el orden en la colonia por medio del envío de una pequeña tropa de 40 hombres al mando del alférez de infantería Saturnino Serrano y del alférez de navío José M. Sunyer, sin resultado, por lo que el gobernador de la Isla, el capitán de fragata Luis Cadalso, se decidió a pedir refuerzos a Filipinas. En sus memorias, el que fue segundo jefe de la expedición, el general Serrano, nos cuenta:

«A la vista de las noticias recibidas del Gobierno Político Militar de Carolinas, el Capitán General de Filipinas Weyler, dispuso el envío de una columna expedicionaria de Operaciones (...) A tal efecto el 14 de agosto de 1890, embarcó en el Crucero «Velasco», parte de la expedición, zarpando del puerto de Cavite a las cuatro de la tarde.- El día 17 fondeó en Joló y el 18 embarcaron dos compañías del Regimiento número 74, continuando el «Velasco» a las 12 de la noche del mismo día para Isabela de Basilan, donde llegó el 19, avistándose

con el crucero «Ulloa» conductor del resto de las fuerzas expedicionarias tomando el mando de todas ellas el Coronel Gutiérrez Soto (...). El día 21 zarparon los dos cruceros «Velasco» y «Ulloa», para Zamboanga, embarcado en el primero el Jefe de la Expedición (...) En Zamboanga, sólo se estuvo unas horas, emprendiéndose el viaje para Carolinas, llegando a Ponapé el día 1º de septiembre, fondeando los dos cruceros a las dos de la tarde.

Al llegar la fuerza a la Isla intentó avanzar por tierra contra la tribu de Metalanim sin resultado por causa de lo difícil del terreno, por lo que se decidió continuar las operaciones por mar, con la colaboración de los buques «Antonio Muñoz» y «Manila», desembarcando la tropa en Punta Palitipón. Desde aquí se procedió al asalto del poblado de los kanacos. Recordaba Serrano en sus memorias el desarrollo de uno de los combates típicamente coloniales:

La empalizada encerraba un poblado viéndose por encima techumbres, y formando un recinto cerrado. Lo circundaba una planicie limpia de toda vegetación de unos veinte metros de anchura, que terminaba en una cortadura, hasta donde llegó la vanguardia y se desfiló de los fuegos.

Acercándose a la misma el Jefe, pudo observar todos estos detalles y apreció que aunque a costa de sangre podría asaltarse directamente, creyendo que sucedería lo mismo que en el combate de la mañana sostenido en Machichao, en el que el enemigo no aguantó.

-Reunió al pie de la cortadura la compañía de Artillería y la del sesenta y ocho y mientras la vanguardia hacía vivo fuego asomada a la planicie, lanzó al ataque al resto de la fuerza, después de breve arenga.-Desgraciadamente el enemigo era mucho y bien armado y su fuego al desembocar frente a la obra, se hizo tan intenso, que la gente se arremolinó, siendo inútiles los esfuerzos de los Oficiales para lograr el

asalto y viendo el Jefe que sin adelantar un paso aumentaban por momentos el número de bajas, dispuso la retirada antes de que llegara el desconcierto.- Se veridico ésta, replegándose a la cortadura, arrasando cómo se pudo a muertos y heridos, así como el armamento abandonado.

La situación de esta columna era verdaderamente crítica; se encontraba frente a un fuerte reducto bien defendido, cargada de bajas, con la fuerza muy quebrada en todos los sentidos, y además con la noche encima (...)

Las bajas que tuvo fueron; de once Oficiales quedaron sólo cuatro ilesos y de tropa, la cuarta parte de sus efectivos.-

Durante la retirada de la planicie de Ketam, hubo actos de verdadera abnegación para retirar las bajas; ofreciéndose voluntariamente para hacerlo y dejando antes el armamento —dos de estos casos fueron propuestos para la Cruz de San Fernando—.

La llegada de la escuadrilla de botes armados con cañones y de la Primera Columna salvó la situación, dando la victoria a las armas españolas. Al día siguiente, ambas columnas unidas dieron el asalto definitivo que permitió la ocupación del reducto de Ketam¹⁷.

Una vez concluidas las operaciones, el cuerpo expedicionario reembarcó en los buques «Ulloa» y «Manila», partiendo hacia Filipinas los días 25 y 26.

Serrano remitió un informe sobre la Isla donde sostenía haber considerado mejor para los intereses de España evacuar el territorio de Metalanim, antes que empeñar indefinidamente a las tropas en una zona de bosque, donde la guerrilla y la enfermedad las hubiese mermado sin solución. La tribu ya no contaba con poblados, sus bajas habían sido cuantiosas y sus clanes estaban totalmente dispersos.

La pacificación de Ponapé duró tres años —entre 1887 y 1890— y costó 118 muertos y 87 heridos españoles. Pocos muertos y pocos heridos para tres años de luchas, aunque estas cifras representan el 15% largo de la población civil y de la guarnición militar de una isla de apenas 334 kilómetros cuadrados. Tras el desastre colonial de 1898, estas posesiones de España fueron vendidas a Alemania al carecer de sentido su posesión por parte española.

Las tropas españolas, a lo largo del siglo XIX, lucharon en todas partes, en América continental, en las islas del Caribe, en Indochina, en las islas del Pacífico y en Filipinas. El peso de estas operaciones lo llevaron en su mayor parte soldados peninsulares

¹⁷ Al regresar a la colonia Serrano hizo la siguiente proclama de fecha 28: «Soldados. En cinco días de penosas marcha, de grandes fatigas y esfuerzos, de sangrientos y gloriosos combates, habéis logrado cruzar de lado a lado la rebelde Tribu de Metalanim, asaltado y destruido la formidable defensa de Ketam, incendiando y talando todo cuanto pudiera ser aprovechable y logrando en fin que ni durante vuestra estancia en las posiciones ni durante vuestra retirada de ellas, osara acercarse a hostilizarnos ni un solo enemigo. En la clase de guerra que hacemos, con el adversario que se nos opone, no hay que esperar triunfo de otra clase.-Desagraviada la Bandera, ya nos falta sólo asegurar el porvenir fortificando determinados puestos: para que volváis a los vuestros sólo quedu un mes de trabajos; os habéis portado como Españoles.-Guardad respetuosa memoria de vuestros compañeros muertos gloriosamente e imitad la valentía y seguid el ejemplo que en los pasados días os dieron siempre vuestro Segundo Jefe, el Comandante D. Antonio Díez de Rivera, los Capitanes Aguado y Romerales, distinguidos de la primera columna y Monasterio y Cebrián de la Segunda y vuestros oficiales todos.-Imitad igualmente la nobilísima conducta de los Artilleros Jerónimo Gandara y Casimiro Rodríguez que ni han vacilado en arriesgar su vida para salvar la de sus compañeros, y como ellos haceros acreedores a la Cruz de San Fernando.-Fiad también en mí, que he de procurar disminuir vuestros fatigas y proporcionaros la comodidad posible y continuando como ahora, haceros merecedores de que cuando volváis a vuestros cuarteles o casa de vuestros padres se diga de vosotros con admiración, ¡ése es de los de Carolinas! El Coronel Primer Jefe Manuel Serrano».

de quintas, mandados por jefes y oficiales profesionales, miembros de un ejército concebido en su esencia como metropolitano que combatía por igual en ultramar que contra los carlistas o los cantonalistas de Cartagena. España tuvo siempre muchas unidades destinadas en ultramar, pero careció de un ejército verdaderamente colonial hasta bien entrada la guerra de Marruecos ya en el s. XX, cuando se formó una fuerza de unidades especiales preparada para luchar en el norte del Protectorado, compuesta por legionarios, regulares, harkeños, etc. y mandada por soldados altamente capacitados para la guerra, los Africanistas.

BIBLIOGRAFÍA

- BLANCO, General, *Memoria que al senado dirige el general Blanco acerca de los últimos sucesos ocurridos en la isla de Luzón*, Establecimiento tipográfico de El Liberal, Madrid, 1897.
- CARDONA, G.; LOSADA, J.C.: *Weyler, nuestro hombre en La Habana*, Planeta, Barcelona, 1997.
- DE DIEGO, E.: *Weyler, de la leyenda a la Historia*, Veintiuno, Madrid 1998.
- ELIZALDE, M^a D. D.; FRADERA, J. M., ALONSO, I. (eds.), *Imperios y naciones*, CSIC, Madrid, 2001
- MORENO FRAGINAL, M., *Cuba / España, España / Cuba*, Mondadori, Barcelona, 1998, pp. 268-269.
- TOGORES, L., *Extremo Oriente en la Política Exterior de España (1830-1885)*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1997.
- TOGORES, L. E., *Millán Astray legionario*, Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R. *La Armada Española. La campaña del Pacífico, 1862-1871. España frente a Chile y Perú*, Aguilar, Madrid, 1999.
- SMITH, G., *Maximiliano y Carlota. La tragedia de los Habsburgo en Méjico*, Juventud, Barcelona, 1977.